

SEGUNDA PROFECÍA

La segunda profecía señala el eclipse de sol del 11 de Agosto de 1999 como un momento clave, en que la alienación, en cruz cósmica con centro en la tierra, de casi todos los planetas acelerará el proceso de transformación de nuestro mundo.

Ese día, un anillo de fuego se recortará en el cielo. Será un eclipse sin precedentes en la historia. Casi todos los planetas del sistema solar se posicionarán en los cuatro signos del zodiaco, que son los signos de los cuatro evangelistas, los cuatro custodios del trono que protagonizan el Apocalipsis de San Juan.

Además, la sombra que proyectará la luna sobre la tierra atravesará Europa pasando por Kosovo, luego por Oriente Medio, por Irán e Irak y, posteriormente, se dirigirá a Pakistán e India, señalando las áreas de conflictos y guerras más importantes del planeta.

Según los mayas, a partir del eclipse los hombres perderán fácilmente el control de sus emociones o, por el contrario, afianzarán su paz interior y su tolerancia para evitar cualquier conflicto.

Hasta que ocurra, se vivirá una época de cambios que es la antesala de una nueva era; “antes del amanecer es cuando la noche se hace más oscura”. El fin de los tiempos es una época de conflictos y grandes aprendizajes, de guerras, separación y locuras colectivas que generarán, a su vez, procesos de destrucción y evolución.

Esto producirá cambios físicos en el sol y en la tierra y cambios psicológicos en el hombre, alterando su comportamiento y su forma de pensar y sentir. Se transformarán las relaciones y los modos de comunicación, los sistemas económicos, sociales, de orden y justicia, cambiarán las creencias religiosas y los valores aceptados, el hombre se enfrentará a sus miedos y angustias para resolverlos.

De ese modo podrá sincronizarse con el planeta y el universo; la humanidad se concentrará en su lado negativo y podrá ver claramente qué es lo que está haciendo mal. Éste es el primer paso para cambiar la actitud y conseguir la unidad que permite la aparición de la consciencia colectiva.

Se incrementarán los sucesos que nos separan; la agresión, el odio, las familias en disolución, los enfrentamientos por ideologías, religión, modelos de moralidad o nacionalismo, pero también los que nos unen; habrá más paz, respeto, tolerancia y comprensión. Surgirá el hombre con un altísimo nivel de energía interna, sensibilidad y poderes para la sanación, aunque igualmente lo harán farsantes que sólo pretenderán ganancias económicas.

Al final del ciclo, cada hombre será su propio juez; cuando el hombre entre al salón de los espejos para examinar todo lo que hizo en la vida, será clasificado por las cualidades que haya desarrollado en la vida, su manera de actuar día tras día, su comportamiento con los demás y su respeto por el planeta. Cada uno se ubicará acorde a lo que sea.

Esto implica que el cielo y el infierno se estarán manifestando al mismo tiempo y que cada ser humano vivirá en uno u otro, dependiendo de su propio comportamiento. El cielo con la sabiduría para trascender voluntariamente a todo lo que sucede, el infierno con la ignorancia para aprender con sufrimiento, dos fuerzas inseparables, una que comprende que en el universo todo evoluciona hacia la perfección, que todo cambia, otra envuelta en un plano material que sólo alimenta el egoísmo.

En la época del cambio de los tiempos, todas las opciones estarán disponibles, sin censura, y los valores morales serán más laxos que nunca, para que cada cual se manifieste libremente como es.

Si la mayoría de los seres humanos cambia su comportamiento y se sincroniza con el planeta, se neutralizarán los cambios drásticos que describen las siguientes profecías.

El hombre siempre decide su propio destino, especialmente en esta época, las profecías son sólo advertencias para que tomemos consciencia de la necesidad de cambiar de rumbo para evitar que se hagan realidad.